

## El Pirineo en la Prehistoria

Por Francisco Jordá Cerdá

**E**N el transcurso de los tiempos prehistóricos es innegable la influencia que en el desarrollo de las distintas etapas culturales tuvo la Geografía. Este proceso geográfico-cultural de la Prehistoria, cuyo estudio apenas se ha iniciado, es esencial para la comprensión de gran parte de los fenómenos humanos prehistóricos. Pero cuando hablamos de geografía, que es tanto como hablar de medio ambiente, o de "habitat"; no queremos significar una adhesión a teorías positivistas o materialistas, que desvirtuarían la esencia del problema, sino que pretendemos establecer una serie de puntos de vista y orientaciones que nos conduzcan a establecer las relaciones del hombre prehistórico con su medio geográfico.

Mas, por desgracia, ya hemos dicho que estos estudios apenas se hallan en estado de iniciación, y mal podemos nosotros, al enfrentarnos con el tema del Pirineo en la Prehistoria, tratar de establecer con cierta precisión cuáles sean esas relaciones que consideramos como fundamentales, y que nos harían ver a la luz de una investigación geográfica la base, y nunca se empleó mejor esta palabra, que sustentó una acción cultural. Se trata, en resumen, de un problema de geografía humana, en el que no hay que desatender, sin embargo, la dura realidad de la geografía física con su secuela de datos climáticos, biológicos, geológicos, etc., en los que hay que profundizar para encontrar las posibilidades que el medio ambiente ofreció a los hombres prehistóricos para que pudiesen vivir de un modo continuado en la región pirenaica.

La montaña, desde el punto de vista cultural, tiende siempre al conservadurismo, aunque esto no pueda tomarse como regla general. No obstante, en las culturas montañosas hay siempre un matiz arcaizante y una tendencia a la perduración de las formas de cultura tradicionales. El Pirineo no es una excepción, y aun hoy en día podemos observar este sentido tradicionalista en activo, si bien poderosas razones de índole geográfica han hecho que el Pirineo, aun conservando ese fondo arcaizante y tradicionalista, haya salido de su aislamiento conservador y haya servido de nexo de unión entre la Península Ibérica y el resto

de Europa. La montaña, que algunas veces tiende a aislar culturalmente y que siempre ha servido de refugio a los pueblos acorralados, sirve otras veces de nexo de unión, y a través de sus pasos o collados se establecen relaciones de todo orden entre sus dos vertientes opuestas, y pone en comunicación, a través de ellas, a los países que geográficamente parece separar.

Cuando estudiamos el problema de la Prehistoria en el Pirineo nos encontramos con que, por una parte, dominan y tienden a ejercer una dirección "cultural" los fenómenos de arcaísmo y tradicionalismo de que hemos hablado, y por otra, nos encontramos con que a través de sus pasos o puertos hay un incesante ir y venir cultural, que da a los Pirineos una fisonomía propia y peculiar, que hace que los distintos fenómenos culturales que en ellos se pueden estudiar se nos aparezcan participando de una como doble personalidad, en la que, sin duda, intervienen los distintos aspectos culturales que se desarrollaron en sus dos vertientes.

Pero no se crea que el Pirineo es simplemente un centro receptor cultural, que vive a expensas de culturas extrañas que buscan en sus numerosos valles refugio para asegurar su perduración e independencia. También en el Pirineo, como en toda montaña, hay sus momentos de creación cultural, que en la Prehistoria podemos rastrear perfectamente en más de un momento o etapa.

Uno de los problemas que se presentan al prehistoriador cuando se enfrenta con el Pirineo es el de su habitabilidad durante la Prehistoria. En líneas generales, podemos asegurar que las posibilidades de habitabilidad en dicha zona montuosa parecen no sobrepasar los 1.000 metros de altitud. Todavía están mal estudiados los fenómenos glaciares pirenaicos y las condiciones climáticas que los originaron, y en la actualidad se ha comenzado el estudio de los llamados fenómenos periglaciares, en posible relación con los fenómenos humanos de habitabilidad o estacionamiento. Y es ahora cuando empezamos a vislumbrar lo que pudieron ser los primeros tiempos prehistóricos de los Pirineos. Pero todavía hay mucho que hacer, y si revisamos las distintas etapas en que se ha dividido la Prehistoria observaremos que hasta el momento son pocos los datos que poseemos acerca de las culturas del Paleolítico inferior. A excepción de algunas terrazas señaladas en el Ariège y de algunos estudios hechos en época muy reciente, sabemos muy poco acerca de las sucesiones culturales que caracterizan al Paleolítico inferior. Tan sólo en las alineaciones de las estribaciones encontramos la mención de algún yacimiento que nos demuestra que las culturas del Paleolítico inferior tuvieron poca resonancia en la zona montañosa pirenaica. Esto es fácilmente explicable si se tienen en cuenta las dificultades climáticas debidas a las épocas glaciares, dificultades que se continuaron, aunque de distinto signo, en las interglaciares. Pues si en aquéllas el descenso del nivel de las nieves perpetuas haría difíciles las condiciones de vida incluso a los ochocientos metros de altitud, a causa del excesivo frío,

durante las etapas interglaciares la fusión de enormes cantidades de nieve determinaría un régimen fluvial sobresaturado, inundándose con frecuencia los estrechos valles e imposibilitando el estacionamiento humano, salvo en las zonas periféricas del Pirineo.

En estas zonas periféricas es, como ya hemos señalado, donde se encuentran algunos restos culturales de las etapas del Paleolítico inferior, especialmente del Musteriense, aunque, como decimos, la investigación de todo este gran período está todavía en sus comienzos.

Si durante el Paleolítico inferior las lagunas de la investigación no nos permiten asegurar que el Pirineo hubiese sido lugar de estacionamiento y habitación de aquellas primitivas hordas, durante el Paleolítico superior los yacimientos son abundantes y numerosos, especialmente en la vertiente francesa de los Pirineos, que ha sido la más investigada. Para la zona española apenas si poseemos noticia de algunos yacimientos en la parte navarra o catalana. No obstante, son lo suficientes para asegurarnos que durante el Paleolítico superior la vida humana tuvo una amplia representación en el Pirineo, siguiendo el desarrollo de las distintas etapas en que se ha venido dividiendo al Paleolítico superior. Las manifestaciones culturales pirenaicas que de estas distintas etapas poseemos no sólo se refieren a aspectos de la cultura material, es decir, a restos industriales, sino que también poseemos una magnífica serie de manifestaciones artísticas, que nos demuestran que las cavernas pirenaicas no sólo sirvieron de habitación a los hombres del Paleolítico superior, sino que en ellas encontró lugar adecuado la expresión de sus ideas mágico-religiosas. Aunque conocido el arte rupestre pirenaico desde primeros de siglo, y poseyendo cavernas notables por los conjuntos artísticos que albergan, sin embargo todavía está por hacer una monografía sobre el arte pirenaico prehistórico, que, indiscutiblemente, tiene sus facetas y características propias, y con toda seguridad no sigue las líneas generales de desarrollo que se señalan para el arte rupestre hispano-francés.

Los yacimientos que señalan los comienzos del Paleolítico superior en los Pirineos se hallan situados en la zona periférica de los mismos, y, en líneas generales, podemos decir que el auriniaciense se halla patente en toda la falda francesa de los Pirineos, que es, como hemos dicho, la mejor conocida por la investigación. Este auriniaciense, típico pirenaico, sigue en cierto modo las líneas generales de evolución que se han señalado para este período por los prehistoriadores franceses. No obstante, según han demostrado los materiales encontrados en la cueva de Isturitz, el fenómeno cultural auriniaciense reviste en los Pirineos una cierta complejidad, ofreciendo aspectos industriales, tanto en la piedra como en el hueso, que lo hacen aparecer un tanto distinto del auriniaciense de Périgord. Pero todavía nos hacen falta unas buenas síntesis de la prehistoria francesa, y monografías amplias sobre períodos determinados, para que estas apreciaciones que señalamos puedan ser tenidas en cuenta.

Más difíciles de comentar son los resultados obtenidos en el análisis de los yacimientos que se clasifican dentro de los diversos períodos del llamado "Perigordense", que, para quien esto escribe, no es más que una cultura regional francesa, perfectamente localizada en el Périgord, y que, sin duda, tiene derivaciones y penetraciones en otras regiones, pero no del modo y manera que sostienen los autores franceses. Por una parte, las etapas primeras de este "Perigordense" apenas tienen representación en los Pirineos. Tan sólo encontramos las etapas finales, en especial la denominada "Perigordense IV", o gravetiense de la terminología española. Las características de este gravetiense pirenaico son, en general, las corrientes para esta cultura en la región francesa. Quizás haya que subrayar en los yacimientos pirenaicos una mayor abundancia de industria ósea, aunque todavía están por hacer las estadísticas de este tipo industrial. No obstante, la llamada punta de La Gravette, que sirve para definir esta etapa, se encuentra por casi todo el Pirineo, localizándose en los valles bajos y en las zonas periféricas, sin que al parecer ningún yacimiento rebasa una altitud superior a los ochocientos metros. El gravetiense se encuentra tanto en la vertiente francesa como en la española, aunque en ésta son muy escasos los yacimientos señalados hasta el momento que puedan ser atribuidos a esta cultura. Sin embargo, no podemos dejar de citar el importante yacimiento del Reclau Viver (Gerona), que posee importantes series de materiales pertenecientes no sólo al gravetiense, sino a fases anteriores del auriniaciense típico.

A la vista de los resultados de la investigación actual podemos suponer que el gravetiense fué una cultura que arraigó en las estribaciones de la base del Pirineo, y que los grupos humanos que fueron portadores de dicha cultura tendrán que ser tenidos en cuenta a la hora de la valoración total del gravetiense en el Occidente de Europa, puesto que la gran mayoría de los yacimientos gravetienses conocidos en el Pirineo ocupa una posición lateral respecto de los pasos o puertos, lo cual demuestra, sin que ello sea asertivo y concluyente, que tales yacimientos o bien fueron simples etapas de una penetración (en este caso de Norte a Sur), o bien fueron los restos marginales de una gran invasión que fué dejando detrás de sí colonias que fuesen los puntos de apoyo de su penetración. Pero, como decimos y repetimos, son problemas éstos todavía mal estudiados, y apenas podemos pronunciarnos acerca de ellos en un terreno puramente hipotético.

Tan mal conocida como las etapas anteriores se halla la segunda gran etapa del Paleolítico superior, el solutrense. Sin embargo, poseemos datos más numerosos, que nos demuestran que los portadores de esta cultura se extendieron tanto sobre la vertiente Norte como sobre la Sur del Pirineo. Los comienzos y el desarrollo general de esta cultura en el Pirineo parecen depender del desarrollo del solutrense francés, y está íntimamente ligado a la secuencia del solutrense francés. Aunque hay que señalar que en el Pirineo se observan pocos yacimientos de proto-solutrense o solutrense inferior, lo cual hablaría en favor de las perdura-

ciones de la cultura gravetiense, e incluso de la auriniaciense, hecho éste que hay que tener muy en cuenta, sobre todo para la cronología de los yacimientos rupestres con arte cuaternario, que posiblemente en el Pirineo son mucho más tardíos que en el resto de Francia.

Tampoco el solutrense medio parece muy abundante, aunque pueden señalarse algunas muestras. La etapa de esta cultura, que llega a entronizarse y a tener gran vitalidad en el Pirineo, es el solutrense superior, que, en sus primeros momentos, parece seguir las líneas de desarrollo seguidas por el solutrense francés, pero que en sus momentos medio y final se encuentra sometido a la acción colonizadora del solutrense superior cantábrico, que aporta al solutrense pirenaico la punta de base cóncava, propia de los yacimientos cantábricos. La perduración de esta cultura y sus tipos en el Pirineo parece ser muy duradera, puesto que no se extingue hasta el magdaleniense III de la secuencia francesa. Todo ello nos viene a demostrar que el solutrense, que al parecer es la primera gran cultura occidental, llegó a dominar en el Pirineo durante sus últimas etapas, especialmente durante el transcurso del solutrense superior, y que dicho dominio o perduración fué debido principalmente a la aportación colonizadora realizada por los solutrenses cantábricos. Hecho éste que no se ha valorado todavía con el rigor necesario y que, a nuestro entender, puede tener repercusión en la consideración general de los problemas culturales originados por el solutrense, entre los cuales habrá que reconsiderar el arte rupestre y su desarrollo y cronología.

Cuando llegamos al magdaleniense nos encontramos con que en el Pirineo difícilmente se pueden rastrear yacimientos pertenecientes a las dos primeras etapas, magdaleniense I y II, ya que la barrera solutrense, con una gran vitalidad cultural, impidió que se estableciesen estos primeros magdalenienses. El Pirineo empieza a ser dominado por los hombres del magdaleniense III, o, por lo menos, durante esta etapa parece ser que declinó el poder y la vitalidad cultural de los solutrenses finales cantábricos. Es una etapa ésta de forcejeos, luchas y adaptaciones; quizás una de las más interesantes del magdaleniense occidental, puesto que, al parecer, el magdaleniense III llegó a ejercer un gran dominio, ya que lo encontramos no solamente en Francia, sino en la región cantábrica, e incluso llega en su acción colonizadora hasta el Levante español, estableciendo una poderosa colonia en el Parpalló. Si el solutrense fué, como hemos dicho, la primera gran cultura occidental, con el magdaleniense III empieza a dibujarse lo que será la Europa del Paleolítico final con su instrumental de tipo microlítico, que comienza a imponerse en las primeras etapas magdalenienses, pero que sólo con el magdaleniense III logra imponerse totalmente. Hay en este proceso cultural una gran cantidad de puntos oscuros y, como vulgarmente se dice, de cabos por atar; pero es indiscutible que con la caída del mundo solutrense se operó un gran cambio en toda la Europa occidental, que determinó la aparición de numerosas fases culturales que, por lo que sabemos, tuvieron como técnica para sus instrumentos la llamada del "borde rebajado", de ascendencia gravetiense, o quizás auriniaciense.

El Pirineo, durante casi todas estas etapas, parece haber adoptado un papel pasivo y receptor, e indiscutiblemente hay que suponer que muchas de las culturas que hemos mencionado como establecidas en sus numerosas cuevas debieron de perdurar durante mucho tiempo, pues sólo así se explica la reaparición durante el magdaleniense IV de tipos óseos emparentados con el auriniaciense típico, tales como la punta o azagaya de hueso con la base ahorquillada, que no es ni más ni menos que la versión magdaleniense de la punta de base hendida auriniaciense. Este hecho es lo suficientemente elocuente de por sí para hacernos reflexionar acerca del problema de las perduraciones culturales en la región pirenaica.

Con el magdaleniense IV parece entrar el Pirineo en una fase activa y creadora, de tal modo que las dos etapas finales de esta cultura —el magdaleniense V y VI— puede decirse que constituyen etapas netamente pirenaicas. Hasta tal extremo abundan los yacimientos de este tipo y tan importantes son las creaciones de esta cultura montañesa, que con razón podemos decir que se trata de una eclosión cultural propia y peculiar del Pirineo, cuya proyección sobre el resto de Europa es importantísima.

Durante el magdaleniense V y VI, la industria del hueso llega a su máximo esplendor. Arpones y propulsores son, sin duda alguna, las dos mejores creaciones de este magdaleniense pirenaico, que, como cultura montañesa, tiende a dominar en las montañas, y así, por ejemplo, la vemos instalada en toda la cordillera cantábrica, siguiendo un desarrollo paralelo al que observamos en el Pirineo.

Los magdalenienses V y VI heredaron de las etapas anteriores su afición al microlitismo. En otro lugar hemos dicho que el instrumento microlítico se impone cuando empieza a desaparecer la gran caza o ésta se hace rara y el hombre comienza a hacer entrar en su alimentación a la pequeña caza, como son conejos y liebres y algunas aves (esto demuestra el estudio de la fauna del Parpalló). La desaparición de la gran caza fué debida a la continuada desecación originada por el cambio de condiciones climáticas a fines de la última glaciación. La Península Ibérica, durante estas etapas, se halla bajo el dominio de una cultura de tipo microlítico que hemos denominado epigravetiense, y en el resto de la Europa occidental se vive de las conquistas culturales de las últimas etapas del magdaleniense. La acentuación de las condiciones climáticas de sequedad hace que los últimos momentos del magdaleniense pirenaico sean difíciles, y realmente podríamos decir que es una cultura que se bate en retirada, emigrando hacia el Norte en busca de la gran caza, especialmente de los grandes rebaños de cérvidos, proveedores de la materia prima para la industria ósea. Sin embargo, en el Pirineo quedaron numerosos grupos humanos que inmediatamente buscaron la adaptación a las nuevas condiciones de vida creando una nueva norma cultural con arreglo a las posibilidades que el medio ambiente les brindaba. La gente pirenaica creó el aziliense, cultura en la que el instru-

metal lítico de tipo microlítico, domina completamente y en donde el arpón magdaleniense queda como un recuerdo de lo que fue en el toscano y aplanado arpón aziliense, que nos revela la adaptación empobrecida de un tipo instrumenta a las nuevas condiciones de vida. Quizás el arpón sea el único tipo instrumental que nos recuerde el origen magdaleniense de esta cultura pirenaica aziliense, aunque también el microburil y la hojita de borde rebajado sean sus compañeros de instrumental. Pero lo interesante del aziliense es la incorporación de nuevas formas microlíticas de tipo geométrico, posiblemente originadas en la Península Ibérica.

Hemos pasado brevemente revista a la serie de etapas culturales que durante la Prehistoria tuvieron asiento en el Pirineo. Nuestra exposición habrá pecado, sin duda alguna, de exceso de opiniones personales. Ya hemos dicho repetidamente que la Prehistoria del Pirineo está por hacer, y que por el momento sólo conocemos una serie de yacimientos cuya importancia, en muchos casos, es extraordinaria, pero que sólo nos ponen de manifiesto lo escasa que es nuestra información acerca de los numerosos problemas que a través de esta exposición hemos ido mencionando.

Este mismo problema que tenemos planteado sobre las industrias paleolíticas tiene su paralelo en el arte rupestre. También en este aspecto la información es escasa y deficiente, y tampoco nos es permitido el trazar un esquema sobre el desarrollo del arte rupestre pirenaico, puesto que, en primer lugar, habría que plantear el problema de las perduraciones culturales en la región pirenaica. Sirva como ejemplo el caso de la Cueva de Gargas, en el Pirineo Central francés. La bóveda del gran vestibulo de la cueva se hundió, al parecer, antes del solutrense, siendo difícil de llegar después de este accidente al interior de la cueva, en donde se encontraron numerosos grabados representando a animales cuaternarios y una serie de manes pintadas que quizás sean lo más impresionante de la cueva. En el vestibulo se encontraron restos culturales pertenecientes al gravetiense, al auriñaciense, a la etapa de Châtelperrón, y al musteriense. Todas las obras de arte se han atribuido por Breuil a las etapas auriñaco-perigordienses. Pero ya hemos mencionado la posibilidad de que el auriñaciense, e incluso el gravetiense pirenaico, perdurasen en estas regiones mucho más tiempo que en otras partes. Por otra parte, el hundimiento de la bóveda, al parecer, es posterior al gravetiense; pero pudo suceder que no ocurriese la catástrofe hasta mucho tiempo después, especialmente al final del magdaleniense III, período durante el cual hemos observado algún que otro desprendimiento de bóveda. Con estos razonamientos no queremos decir que las pinturas y grabados no sean de la edad señalada por Breuil; queremos sólo hacer hincapie en la fragilidad de sus razonamientos y en la necesidad de buscar una mayor y más amplia información, que nos permitirá, por un lado, el obtener sobre el desarrollo y formación de los yacimientos ideas más precisas y concretas, y, por otra parte, nos posibilitará una mejor coordinación de los datos de investigación obtenidos.

Nos encontramos, pues, ante la Prehistoria pirenaica como ante una esfinge que nos plantea problema tras problema. Cuando tratemos de darles solución, necesariamente tenemos que tener en cuenta que el Pirineo es un medio geográfico con características propias que posibilitan la existencia de las culturas bajo unos moldes peculiares. No es posible hablar de Prehistoria pirenaica como se habla de Prehistoria del Périgord, pongamos por caso. En ambas regiones, las características y fenómenos geográficos son distintos, y esta distinción necesariamente repercutió en la conducta cultural de aquellos hombres prehistóricos.

La montaña mantiene siempre su "personalidad", y en ella los fenómenos humanos adquieren una calidad distinta a la de los hombres de la llanura, de los grandes valles o de las estepas. La tendencia al aislamiento, propia de la montaña, conduce el espíritu arcaizante y conservador de que ya hemos hablado, y el Pirineo no es una excepción. Pero también la montaña es el lugar en donde se plantea la incursión al valle o a la llanura que se divisa desde sus cimas. En el Pirineo nos encontramos con este hacer y deshacer cultural, con sus constantes vaivenes, con su constante flujo y reflujo, que traslucen el embate del hombre sobre la Naturaleza, y ese constante fluir de soluciones para domeñar al medio ambiente que es la cultura y que muchas veces el espíritu conservador de la montaña nos guarda cuidadosamente en sus entrañas para ofrecerlas al investigador que intente resolver sus enigmas. Y el Pirineo, hoy por hoy, todavía es un gran enigma para los que nos dedicamos a la Prehistoria.